

Cuba: el espejo del pasado

José M. Insulza

Durante treinta años la revolución cubana ha sido de referencia permanente en los debates y la acción de la izquierda latinoamericana. Ningún otro proceso en la historia reciente del continente ha tenido la trascendencia que el encabezado por Fidel Castro. A partir de su desarrollo el cuadro político de las fuerzas revolucionarias varió sustancialmente y cambió también el marco internacional; la política estadounidense hacia América Latina en la posguerra reconoce dos fases fundamentales: antes y después de la revolución cubana.

En los primeros años, el tema obligado que Cuba planteaba era el de las formas de lucha y acceso al poder. Hasta entonces, gran parte de la izquierda del continente se movía en la dirección de la lucha política de masas. El éxito de la experiencia guerrillera y la disposición de los revolucionarios triunfantes a promoverla tuvo amplia acogida. Además, a medida que Cuba enfrentaba exitosamente los intentos de EE.UU. por interrumpir su proceso se iba también destruyendo el axioma de que una revolución antimperialista en el "patio trasero" no era posible. Con el tiempo, este segundo aspecto pasaría a ser predominante. El fracaso de los "focos" guerrilleros en los años 60 aquietó la fiebre por seguir el ejemplo cubano, pero no por ello disminuyó la admiración hacia su experiencia independentista. Cuba seguía siendo "la primera revolución triunfante en América Latina", cuyo ejemplo abría la puerta a otras, aunque llegaran al poder por medios distintos.

El respeto por las difíciles condiciones en que Cuba debía desarrollar su proceso revolucionario convirtió la crítica hacia ese proceso en un tabú dentro de la izquierda. Criticar a Cuba era sinónimo de ayudar al imperialismo; poner el acento en su dudoso éxito económico era pasar por alto el bloqueo imperialista y la herencia de muchos años de miseria y dependencia, que eran los verdaderos responsables de los problemas; aludir a la creciente falta de democracia interna era olvidar que la cuestión primordial para la revolución era sobrevivir y la prioridad de la supervivencia justificaba todo.

Lo más inexplicable de esa actitud es que la revolución cubana estaba cada vez más aparte de nuestras propias utopías. A partir de las experiencias autoritarias de los últimos años, el socialismo latinoamericano se iba renovando y recuperaba los temas del respeto a los derechos humanos, el valor permanente de la democracia y la necesidad de combinar flexiblemente formas de gestión económica; en ese

contexto, el modelo de un país con dictadura de partido único, sin elecciones, libertad de prensa ni libertad de organización, con presos políticos y restricciones a la migración y con una economía totalmente estatizada parecía cada vez más distante de nuestra concepción del socialismo. Y sin embargo estas diferencias nunca eran discutidas abiertamente, ni siquiera en momentos de crisis, como si sólo existieran discrepancias menores y no diferencias ideológicas profundas.

Los recientes acontecimientos en Cuba abren de nuevo la posibilidad de efectuar ese debate, ya excesivamente postergado. Ella no sólo por la gravedad de hechos de los cuales, esta vez, no se puede responsabilizar a nadie; ni por un afán de asumir posiciones moralistas o idealistas y afirmar que "esas cosas no deberían ocurrir en el socialismo". Nos interesa más, en cambio, mostrar como, a nuestro juicio, el desarrollo de los hechos tiene relación muy directa con determinadas concepciones políticas e institucionales. En términos más simples: que

exista corrupción puede ser común a todas las sociedades; la forma en que se manifiesta y organiza, los medios a través de los cuales se enfrenta y el dramático desenlace se vinculan, en cambio, a un modelo político-institucional autoritario.

Juicio de transparencia

No interesa aquí analizar si los hechos son exactamente como el gobierno cubano los ha informado. Pero si es interesante que esa información provoque tantas dudas, no sólo entre los enemigos de la revolución, sino también entre sus aliados. Se escuchan en estos días en boca de los "iniciados" en el tema las más diversas interpretaciones; pugnas de poder en el ejército, de conflictos entre Fidel, Raúl y otros sectores del partido, disputas por la sucesión, etcétera. Si esas interpretaciones son posibles, es porque el sistema político cubano tiene una forma secreta de operar. En otros términos, la ausencia de libertad de prensa, información y organización impide que

se presenten ante la sociedad las pugnas o discusiones. Nadie sabe si hay posturas distintas en el Partido, nadie puede juzgar si las posiciones del grupo *a* se confrontaron con las del grupo *b*. De allí las conjeturas, los rumores y las dudas.

Hay quienes dicen que el gobierno cubano cambió eso al decidir informar ampliamente a la opinión pública. Ciertamente en un país poco acostumbrado a este tipo de informaciones ello tuvo un impacto y *Granma* debe haber sido leído con mayor atención que en otros momentos. Pero la información todavía era oficial y también era oficial la interpretación. Lo que sabemos es lo que se decidió políticamente que era conveniente informar. Puede ser que coincida exactamente con la verdad; pero eso no es suficiente, porque carece de la transparencia democrática para poder juzgarlo.

En suma, libertad de prensa y libertad de información no significa que se informe a los ciudadanos a través de órganos oficiales. Significa que puedan entregarse versiones e interpretaciones distintas. En una crisis como esta es útil, en una democracia, que el que piensa que hay un trasfondo político puede decirlo; que el que está en contra o a favor de la pena de muerte pueda argumentar; que el que opina que el gobierno en su conjunto es responsable de los actos de funcionarios de confianza lo manifieste. Cuando hubo el Watergate se pidió en

medios de prensa la renuncia de Nixon; cuando hubo el Irancontra se pidió la de Reagan; el escándalo Lockheed llevó a la caída del gobierno de Italia; el escándalo Recruit surgió en la prensa japonesa y liquidó al gobierno; en otros casos el gobierno ha resistido. Pero el tema de las responsabilidades políticas se ha podido ventilar. ¿Hubo alguien que lo planteó en este caso? Nadie de modo público, salvo los afectados, "autocríticamente", pero sin ofrecer jamás sus cargos al juicio de la soberanía popular.

Una forma realista

En las confesiones de los implicados surge recurrentemente la pregunta de cómo pudieron hacer por tanto tiempo lo que hacían, en circunstancias de que existían muchas denuncias acerca de narcotráfico a través de Cuba y de que es muy difícil que cargamentos que van de Cuba a EE.UU. o a cualquier otra parte traspasaran el aparato de seguridad. No es imaginable que un cargamento de cualquier cosa pase por controles que son vitales para la seguridad cubana.

La respuesta a esta pregunta es creíble, pero ilustra de modo dramático las insuficiencias de una institucionalidad que no se funda en la ley o en el control democrático, sino que opera sobre la base del verticalismo y los funcionarios de "confianza". Si los cargamentos pasaban era porque los responsables eran funcionarios (el más connotado era el coronel Antonio La Guardia) que estaban autorizados pa-

ra abrir los controles y hacer cosas que legalmente no se podían hacer. Este hecho no es privativo de Cuba o del socialismo real; recordemos que para vender armas a Irán, el coronel Oliver North las sacaba de los arsenales del Pentágono sin informar a nadie de lo que iba a hacer con ellas. El fenómeno es propio de toda institucionalidad que se funda en el secreto y tiene desprecio por el control democrático, sobre la base de la alusión a "los intereses superiores de la nación". Nadie resuelve el problema que se presenta, en éste y muchos otros casos, cuando el "hombre de confianza" es el que comete el delito. Lo que ocurre entonces es que su impunidad dura mucho tiempo porque nadie lo controla ni le pide cuentas.

La democracia no parte de la base de que los gobernantes y los burócratas son siempre honestos. Al contrario, supone que en toda sociedad existen las tendencias a confundir el interés público con el privado o a abusar del poder o simplemente a la corrupción. Por ello existen instituciones como la división de poderes, el control sobre los que toman las decisiones, el papel fiscalizador del Parlamento, la revisión de cuentas, etcétera. La democracia es una forma de gobierno realista, que intenta corregir los defectos individuales sobre la base del control colectivo. Y si eso falla, el mandatario responsable de la designación de los "ciudadanos sobre toda sospecha" debę asumir las consecuencias.

Discusión sobre la vida

Al incurrir en los delitos que cometieron, los oficiales cubanos causaron grave daño a su país y a muchas personas. Por ello debían ser castigados,



después de un proceso realizado con todas las garantías que permitieran comprobar su responsabilidad más allá de toda duda y tras agotar los recursos legales para su defensa.

En este punto radica tal vez la mayor discrepancia entre sectores de izquierda sobre lo ocurrido. Porque todos vimos las confesiones en televisión, los procesos, el discurso de Fidel y la condena del Consejo de Estado. Para unos esto es "proceso debido". Para otros, entre quienes me cuento, es un proceso de dudosa validez, sin garantías, demasiado parecido a otros momentos que hemos vivido, que no podemos aceptar. En la sociedad democrática, todos tienen derechos, sean narcotraficantes, asesinos o disidentes. En este proceso no había defensa independiente, ni investigación en profundidad de los hechos, ni posibilidades reales de apelación. A veces en las sociedades democráticas se escuchan quejas justas por la demora de los procesos; pero de ahí a cocinarlo todo en una semana hay una gran diferencia. Hacerlo, además, sobre la base de confesiones de acusados que se autoculpan de sus crímenes y se ponen a merced de la corte recuerda —por desgracia— otros procesos en la historia del socialismo de hace medio siglo.

Y por último, está el hecho terrible, dramático, del Consejo de Estado, con su voto unánime, a mano alzada, después de una declaración de Fidel Castro de varias horas de duración.



¿Es que estamos demasiado acostumbrados a los rituales de la revolución cubana y ya no producen el mismo efecto sobre nosotros? ¿o es que hemos aprendido que no es justo que la discusión sobre la vida de cinco seres humanos se transforme en una escenografía política?

La misma Cuba

Sin embargo, esta última escena nos lleva a la principal conclusión: aquella revolución cubana que tanto hemos admirado y amado se quedó anclada en la historia: los que hemos evolucionado somos nosotros. No sería legítimo decir que la revolución se ha "degradado" como dicen algunos. La corrupción de Ochoa en los años 80 es equivalente al sectarismo que Fidel condenó a comienzos de los 60. También allí hubo fusilados, discursos de varias horas y pocas garantías procesales. Entonces eso se justificaba —¡todo se justificaba!— en la defensa de una revolución joven que tenía que consolidarse.

Pero la revolución llegó a su madurez y se envejeció sin cambiar sus prácticas. Trajo para Cuba redistribución y algún crecimiento. Ha dado ejemplo de independencia y dignidad en su enfrentamiento con un enemigo mucho más poderoso. Pero no ha sido capaz de confiar en la fuerza de la democracia y, en lugar de sacar conclusiones de sus errores para cambiar de línea o de política, prefiere de vez en cuando someterse al ritual de la autocrítica sin cambiar nada en el fondo.

Cuba es la misma de hace veinticinco años. Somos nosotros los que hemos cambiado. Entonces dábamos

menos importancia a la democracia porque nunca habíamos conocido la dictadura y las violaciones de los derechos humanos eran sólo hechos muy esporádicos en nuestra vida cotidiana. Como es natural, nos preocupaban de manera central los problemas del cambio social y económico, asumiendo casi sin pensarlo las fórmulas políticas que nos prestaba la ortodoxia.

Seguimos siendo hoy partidarios del cambio, pero nuestra valoración de la democracia y los derechos humanos se ha ligado de modo indisoluble a él. No hay democracia verdadera sin justicia social y el derecho a la salud, la educación, la vivienda y las condiciones de una vida digna son también para nosotros derechos humanos fundamentales. Pero su logro progresivo no justifica el atropello a la vida ni a la libertad de nadie. Democracia representativa y socialismo se integran en nuestro discurso; en el viejo discurso de la ortodoxia son términos antagónicos.

Hemos aprendido también que una sociedad no puede transformar su rumbo —ser efectivamente revolucionaria o al menos reformista— si quienes la gobiernan permanecen en el poder sin crítica ni revisión de su mandato, no por un organismo de fachada sino por el ejercicio de la soberanía popular. Hemos visto finalmente como los modelos centralizados de socialismo van cayendo en crisis y abriéndose hacia formas más flexibles y descentralizadas de gestión productiva. Nada de esto parece llegar a Cuba: si algo no funciona, no es culpa del modelo sino de sus aplicadores; ello lleva a la crítica, la "autocrítica" y a la remoción de los responsables. Puede ser cómodo, pero no es muy revolucionario.

Somos nosotros los que hemos cambiado y no nos gusta demasiado contemplarnos en el espejo del pasado. ☒

